

---

## Alfonso Reyes, un mexicano universal\*

---

*Patricia Galeana*

Es para mí motivo de gran satisfacción participar en los actos conmemorativos del 110 aniversario del nacimiento de don Alfonso Reyes, paradigma de la cultura nacional y universal, que hace una década fue declarado benemérito de la cultura en esta tierra que lo vio nacer.

Autor que con igual maestría abordó la poesía y el ensayo, el teatro y la narrativa, Reyes fue también un incansable defensor de la lengua española y de su vigorosa vitalidad; así como un traductor acucioso y representante ejemplar de México en el mundo, en el más amplio sentido del término. En sus ensayos abordó no sólo temas literarios, sino históricos; despertó en Hispanoamérica el interés por el estudio de las culturas griega y latina, como un conocimiento que tiene que ver con nuestro presente; y de igual forma hizo crecer el orgullo de México por sus dos raíces: la indígena y la española.

Tan vasta y variada fue su obra, que pareciera haber sido creada por un ejército de sabios. Por ello, en ocasión de apoyar la candidatura de Reyes para el Premio Nobel, Octavio Paz escribiría en 1942: "este escritor (...) sin dejar de ser él mismo, es por sí mismo un grupo de escritores".<sup>1</sup> Quien fuera fundador del Ate-

\* Palabras pronunciadas durante el Homenaje a Alfonso Reyes en el 110 aniversario de su nacimiento. Monterrey, Nuevo León, 17 de mayo de 1999.

<sup>1</sup> Octavio Paz, "Alfonso Reyes dignifica las letras", en *Alfonso Reyes en El Nacional. Antología Alfonsina*, México, El Nacional y Gobierno del Estado de Nuevo León, 1989, pp. 82-83.

neo de la Juventud, al lado de intelectuales ilustres como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña dedicó su vida a la intensa búsqueda del conocimiento erudito, para devolverlo a los lectores a través de sus escritos.

Desde sus primeros años de juventud, antes de estudiar la carrera de abogado en México, ya había publicado sus primeros versos en el diario *El Espectador* de Monterrey. Hay que recordar que tenía sólo 22 años cuando escribió *Cuestiones estéticas*, obra en la que lo mismo aborda a las tres Electras del teatro ateniense, que las ideas estéticas de Góngora y Goethe, la ideología de Mallarmé, el pensamiento de George Bernard Shaw o el tratamiento que ha merecido nuestra independencia en las letras nacionales. Desde estos primeros ensayos muestra la grandeza de su talento y su originalidad creativa.

Editada en 1911, en el parteaguas de la historia nacional, del México convulsionado por la Revolución Social, *Cuestiones estéticas* es, de acuerdo con don Antonio Castro Leal, “una de las primeras y más brillantes manifestaciones de un movimiento de renovación espiritual que se venía incubando desde hacía algunos años y cuyas manifestaciones visibles habían sido la actitud de don Justo Sierra hacia las nuevas corrientes filosóficas (1908) y la fundación del Ateneo de la Juventud (1909)”<sup>2</sup>.

La obra maravilla por su erudición y por la claridad en la exposición de los conceptos, y adquiere nuevos significados en cada relectura, gracias a “su trazo rápido, sus referencias sobrias, su sutileza y su reticencia cargada de intención y de recuerdos humanísticos”<sup>3</sup>.

La muerte de su padre, el general Bernardo Reyes, frente a las puertas de Palacio Nacional durante la Decena Trágica de 1913, fue sin duda el golpe más dramático que marcó para siempre la vida y la obra de Alfonso Reyes. Al mismo tiempo significó un punto de partida para que el joven se embarcara en una cruzada a favor del conocimiento, como una forma de entender la vida. “Aquí morí y volví a nacer —escribiría al comentar la irreparable pérdida—, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de febrero. Todo lo que salga de mí en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”<sup>4</sup>.

Grande fue la admiración y cariño que don Alfonso le profesó a su señor padre, a quien describiría como un “extraordinario varón —hermoso por añadidura— (quien)... era, un temperamento de alegría solar, una fiesta de compañía

<sup>2</sup> Antonio Castro Leal, “Alfonso Reyes”, *ibidem*, p. 61.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>4</sup> Citado en Raúl Rangel Frías, *Evocación de Alfonso Reyes*, Nuevo León, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1978, p. 17.

humana, un lujo del trato, un orgullo de la amistad, luz perenne y vigilante, en la conciencia de los suyos”.<sup>5</sup>

Después de sufrir esta tragedia familiar, la vida diplomática le permitió dedicarse con fruición a la escritura, así como al estudio de la Filología.<sup>6</sup> Al contacto con las culturas francesa, ibérica y latinoamericana del cono sur afirma su identidad nacional, como bien advierte don Silvio Zavala, uno de sus amigos más entrañables.<sup>7</sup> El propio Reyes explica: “Mis viajes no sólo me han permitido ensanchar mi campo emocional, por las muchas experiencias y contactos humanos que los viajes procuran, sino asimismo mi campo intelectual, la comprensión de los pueblos y la comprensión de mi propio pueblo en el panorama general del mundo”.<sup>8</sup>

Presidente desde 1957 hasta su muerte de la Academia Mexicana de la Lengua, fue un infatigable defensor de nuestro idioma. “La lengua es vehículo del alma —decía en un discurso académico pronunciado en México el 20 de junio de 1924. Un instinto tenaz, una vigilante inquietud, me dicen que las naciones no pueden ser meras casualidades geográficas; que urge descubrir para ellas una misión propia y distinta dentro de la obra humana total”.<sup>9</sup>

Para Reyes, el encuentro cultural de dos mundos había enriquecido el habla, “la fuerza plástica de la lengua española, había penetrando como sangre nueva la carne de los vocablos precortesianos, ha dado declinaciones y terminaciones castellanas a la raíz indígena”.<sup>10</sup>

La lengua como manifestación recia de la cultura se transforma bajo el influjo del entorno social, “no se gobierna necesariamente por la lógica... está sometida a las peripecias de todo producto social”,<sup>11</sup> concluye el maestro.

El autor de *La x en la frente* defendió las virtudes de la carga histórica que puede tener el uso de un vocablo determinado. En su denodada defensa del uso de la *x* en el nombre de México, señala: “Yo no tengo ninguna razón científica contra el uso de la *j* que, por lo demás, me parece filológicamente hablando, el más revolucionario, el menos conservador de los dos. Y, con todo, le tengo apego

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>6</sup> En el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Su labor diplomática lo llevará después a Sudamérica, funge como representante de México en Argentina y Brasil.

<sup>7</sup> Silvio Zavala, “Recuerdo de Alfonso Reyes”, en Alberto Estráquez Perea, (comp.), *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala 1937-1958*, México, El Colegio de México, 1998, p. 330.

<sup>8</sup> Mauricio de la Selva, “Entrevista con Alfonso Reyes”, en *Alfonso Reyes en El Nacional. Antología Alfonsina*, op. cit., p. 54.

<sup>9</sup> Reyes, Alfonso, “Discurso académico”, en *Simpatías y diferencias*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, t. II, 1975, p. 285.

<sup>10</sup> *Idem*.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 286-287.

a mi *x* como una reliquia histórica, como un discreto santo y seña en que reconozco a los míos, a los de mi tierra, igual que el dejo o acento, el uso de tal o cual término a manera dialectal que me resucitan toda mi infancia”<sup>12</sup>

Entre la vastedad de sus conocimientos la historia ocupaba un sitio fundamental, a veces de manera implícita, otras de forma sutil. Con la belleza de su prosa, en repetidas ocasiones se refirió a la invención de América. Así, en *Última tula* nos hace saber que: “Desde que el hombre ha dejado constancia de sus sueños, aparece en forma de raro presentimiento la probabilidad de un nuevo mundo. Ya la fantasía andaba prefigurándolo desde unos 3,000 años antes de Cristo... Y así, antes de ser esta firme realidad que unas veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fue la invención de los poetas... un inexplicable apetito y un impulso de trascender los límites”<sup>13</sup>

Y, en *Tentativas y orientaciones*, reitera: “Tras haber sido presentida por mil atisbos de la sensibilidad, en la mitología y en la poesía, como si fuera una forma necesaria de la mente, América aparece como una realidad geográfica. Y desde ese instante viene a enriquecer el sentido utópico del mundo”<sup>14</sup>

Consciente del inexorable proceso de mestizaje de América Latina, Alfonso Reyes pedía “reconciliar a las Américas con su antigua Metrópoli. Hay que descubrir el ideal común, en que España y las Nuevas Españas se den la mano”<sup>15</sup> Por ello, fue uno de los más entusiastas impulsores para que nuestro país acogiera a los refugiados españoles durante su guerra civil.

Defensor de la raza indígena fundacional y de su rico pasado histórico, Reyes señala que es preciso asumir lo autóctono, pero fundiéndolo con nuestro presente. “Lo autóctono —sustenta— es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de abigarrada y gustosa especiería”<sup>16</sup>

Reyes defendió también la importancia de asumir nuestras dos raíces y reconocer las aportaciones que la cultura española trajo a México, incitando a compartir un alma común. Así, en una de sus obras cumbres, *Visión de Anáhuac*, escribe con sentido crítico: “Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fogosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos

<sup>12</sup> Citado por Silvio Zavala en Alberto Enríquez Perea, (comp.), *op. cit.*, p. 332.

<sup>13</sup> Alfonso Reyes, *Última tula*, México, UNAM e Imprenta Universitaria, 1942, pp. 9 y 10.

<sup>14</sup> Alfonso Reyes, *Tentativas y orientaciones*, México, Editorial Nuevo Mundo, 1944, p. 98.

<sup>15</sup> *Idem.*

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 8.

une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común”.<sup>17</sup>

Testigo presencial de los excesos del régimen porfirista, en su *Visión de Anáhuac*, obra cuya lucidez crece con el paso de los años, ofrece uno de los retratos más certeros del ansia de poder del general Díaz. “El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir —escribe en el ensayo denominado “Pasado inmediato”. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos”.<sup>18</sup>

Para don Alfonso, el porfirismo había detenido en nuestro país el proceso natural de la historia. “Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne (...) La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria”.<sup>19</sup>

También certeros son sus conceptos sobre la Revolución mexicana, la cual, dice, “brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas”.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*, México, Fondo de Cultura Económica y SEP, Col. “Lecturas Mexicanas”, núm. 14, 1993, p. 30.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 119-120.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 121.

La escritura, sin importar el género de que se tratara, era para Alfonso Reyes una forma de vida a la que se dedicó sin descanso. A la pregunta de cuáles eran sus fines como escritor, aseveró: "Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el equilibrio, que el embite de las impresiones exteriores amenaza todo los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Yo sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza".<sup>21</sup>

Para Reyes, el conocimiento no tiene fronteras. Así, sus estudios sobre la cultura clásica tuvieron un eco innegable en América Latina, al grado de que J. B. Trend lo calificaría como "el más latino de todos los latinoamericanos". Por sus aportaciones en este renglón, Rafael Gutiérrez Girardot asegura que "revivió desde entonces el mundo clásico y puso a flotar en el ambiente espiritual hispanoamericano lo esencial y ejemplar de ese pensamiento y esas formas de ver el mundo, devolviéndole a Hispanoamérica una tradición que vitalmente le pertenecía".<sup>22</sup>

El amor a la libertad fue el motor de su labor como intelectual. "Nunca he creído en la torre de marfil, y lo he probado con mi conducta —decía en una entrevista. He dado mis mejores años al servicio internacional de México y toda mi vida se ha consagrado a trabajar por la cultura de nuestros pueblos. No entiendo la vida de la inteligencia sin el amor a la libertad. Para mí sólo hay una actitud digna del hombre de letras ante los actuales problemas del mundo: el bien de los hombres, la libertad (y) la mayor justicia".<sup>23</sup>

Su obra es un ejemplo de dominio y realización. En él el arte, cumpliendo su secreta misión, organiza sin deformar. "Debajo de sus complejidades y sus fantasías —decía Henríquez Ureña—, sus digresiones y sus elipsis, se descubre en Alfonso Reyes al devoto de la noción justa, de la orientación clara, de la 'razón y la idea, maestras en el torbellino de todas las cosas'.<sup>24</sup>

Toda América considera a Alfonso Reyes como alguien propio; diría Rómulo Gallegos en ocasión de celebrarse sus 50 años como escritor. "Larga vida literaria, dedicada al cultivo exquisito de bellas y preciosas letras... es Alfonso Reyes deco-

<sup>21</sup> Alfonso Reyes, "Respuestas", México, junio de 1924, en *Simpatías y diferencias*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, t. II, 1975, pp. 302-303.

<sup>22</sup> Rafael Gutiérrez Girardot, "La imagen de América en Alfonso Reyes", en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Madrid, Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suecia/Insula, 1962, p. 92.

<sup>23</sup> Mauricio de la Selva, *op. cit.*, p. 56.

<sup>24</sup> Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 63.

ro de nuestra lengua y honra del espíritu que con ella se expresa esta porción del mundo”.<sup>25</sup>

También elocuente es el testimonio de Octavio Paz sobre Alfonso Reyes: “Tenemos (...) un hombre para quien la literatura ha sido algo más que una vocación o un destino: una religión. Un hombre para quien el lenguaje ha sido y es todo lo que puede ser el lenguaje: sonido y signo, trazo inanimado y magia, organismo de relojería y ser vivo: Palabra, en suma. Poeta, crítico y traductor, es el literato. El minero, el artífice, el peón, el jardinero, el amante y el sacerdote de las palabras. Su obra, varia y perfecta, es historia, creación y reflexión: una literatura.”<sup>26</sup>

Hoy, a todos los estudiosos de la obra de don Alfonso Reyes les complacerá saber que el Archivo General de la Nación resguarda diversos documentos en torno a este mexicano universal. Tanto en los archivos presidenciales, como en el fondo Patrimonio Artístico y Literario, en su fototeca y en su audioteca.

Los documentos del fondo Lázaro Cárdenas se refieren, sobre todo, a los apoyos solicitados por Reyes para facilitar el ingreso y la incorporación de los refugiados españoles a la vida económica de nuestro país. En el fondo Manuel Ávila Camacho se da cuenta del otorgamiento de subsidio del gobierno federal para la Casa de España en México —que luego se convertiría en El Colegio de México— y que inició labores bajo la presidencia de Alfonso Reyes. Diversas cartas en el fondo Miguel Alemán testimonian las solicitudes que Reyes hacía al Presidente en turno para que se incrementara el subsidio a la Casa de España en México, que él presidiera desde 1939 hasta su muerte.

En el grupo documental Carlos Chávez, entre las cartas cruzadas entre el músico y el escritor, hay desde una receta para evitar la caída del cabello, hasta solicitudes de apoyo para la presentación de músicos extranjeros en nuestro país, la felicitación de Chávez a Reyes por su designación como director de la Academia Mexicana y la invitación para la ceremonia del Premio Nacional de Literatura, que le fue entregado al escritor en 1945. Asimismo aparece una fotografía de Reyes, la cual tiene la siguiente dedicatoria: “Al querido y admirado Carlos Chávez”. En este fondo se encuentra también el telegrama de condolencias que el compositor y director de orquesta le envió a doña Manuelita Reyes con motivo de la muerte del maestro.

Por otra parte, en el fondo Artístico y Literario del Archivo General de la Nación se encuentran diversas obras autografiadas por el notable escritor regiomontano.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Rómulo Gallegos, Carta enviada a Guillermo Ibarra, director de *El Nacional*, 30 de octubre de 1955, en *Alfonso Reyes en El Nacional. Antología Alfonsina*, op. cit., p. 81.

<sup>26</sup> Octavio Paz, op. cit., pp. 82-83.

<sup>27</sup> Como: “A lápiz”, “Memorias de cocina y bodega”, “Homero en Cuernavaca”, “Los tres tesoros”, “El suicida” y “Berkeleyana”, en su fondo *Propiedad Artística y Literaria*.

Cabe mencionar que la Audioteca del AGN ha localizado en su fondo del programa *La Hora Nacional*, un mensaje de Alfonso Reyes a la juventud mexicana de 1955. En un proceso de rescate de estos testimonios orales, el AGN editó para conmemorar el 110 aniversario del natalicio del ilustre maestro, y a 40 años de su desaparición física, un disco óptico que nos permitirá escuchar este mensaje a la juventud mexicana, en la voz viva de Alfonso Reyes. Patriota ejemplar, abogando por la universalidad del conocimiento, no perdió nunca sus raíces; por ello pudo exclamar con justicia y con razón: “He vivido, he trabajado y he estudiado siempre con los ojos en México”.<sup>28</sup> ¡Escuchemos el mensaje del maestro!

<sup>28</sup> Alfonso Reyes, “Discurso académico”, p. 284.